

prosélitos que el de la libertad. En las filas del primero campeaban los legitimistas, los orleanistas y todos los que poseyendo bienes efectivos, temían la violencia de los rojos, ó socialistas como entónces se llamaban, y buscaban un asilo en las ideas monárquicas, confiando hallar en ellas un salvaguardia para sus intereses. El segundo comprendía á los republicanos, á los socialistas de todos los matices, escepto á los San Simonianos, los cuales debido á su organizacion gerárquica, se han inclinado siempre del lado del absolutismo; y en fin, á un número inmenso de personas inquietas, desasogadas; espíritus destemplados y turbulentos que en Francia están siempre dispuestos arrojar en brazos de cualquiera revolucion, esperando adquirir una posición social cuya falta palpan; pero incapaces por otro lado de obtenerla en tiempos tranquilos y normales. Estos dos partidos antagonistas, hostiles, hermanos nacidos de un mismo origen, aparecían frente á frente.—En la arena política, en medio de las tempestuosas emociones de la tribuna; en el campo de las ideas, por discusiones amargas, sarcásticas, que no con poca frecuencia degeneraban en personalidades; en el terreno de los hechos, por las cuestiones que surgían sobre la realizacion de las reformas prometidas y tantas veces trasferidas como solicitadas. Cada uno de estos partidos, decía, "yo soy la sociedad," y cada uno se preparaba al combate y aspiraba á la victoria. Semejábese esto á la fábula del asno y los dos ladrones. Una tercera entidad se presentó en la arena, y apoderándose del objeto de la disputa, que era nada ménos que el gobierno de la Francia, permaneció dueño del campo. El tercer ladrón era un hombre, no un partido, pero personaje que llevaba el nombre más popular de la historia moderna, nombre que posee un significado característico, propio de sí mismo solamente, porque en realidad este nombre significa, autoridad y revolucion. No nos corresponde precisar el acto violento é ilegal que invistió al Presidente de la República, primero con el poder del decenio, despues con el poder imperial. La historia es el solo juez á quien toca absolver ó condenar este acto, conforme al bien ó mal que haya producido; pero nos es permitido ya descorrer el velo y manifestar las causas ocultas que condujeron al establecimiento del imperio, basando su Constitución sobre fundamentos que han inspirado al parecer, y tal vez pueden seguir inspirando, una creencia en su duracion y estabilidad,

A despecho de los tremendos y sangui-narios esfuerzos con que á fines del siglo pasado, trató la Francia de desembarasarse de las trabas de tiempos antiguos, sus tradiciones han conservado mayor vitalidad de la que era de esperarse en una nacion excesivamente impresionable, nerviosa, y de un temperamento casi femenino. Aun en la actualidad á pesar de la promulgacion de los principios de 1789, á despecho de los patíbulo de 1793, del imperio, de la restauracion, del reinado de la administracion de Julio, de la república nacida de la revolucion de 48 y del segundo imperio, la Francia puede aún considerarse dividida en tres castas—castas más bien ficticias que reales, pero que ejercen no obstante un influjo poderoso sobre los destinos del país. Estas castas, son la nobleza, la *bourgeoisie* y el pueblo. Sin embargo, en Francia es absoluta la igualdad civil y política: ella es en realidad la vida de la nacion; pero hay una desigualdad forzada, moral y social, que deriva de la educacion, fortuna y hábitos, que establecen distinciones que son por sí solas suficientes para engendrar las divisiones de que acabamos de hablar.

La nobleza despojada de sus privilegios y arruinada por leyes equitativas respecto de herencias, tiene una existencia tan imaginaria, que ya ni su nombre se oye pronunciar: cuando se la quiere pronunciar, la expresion convenida es, *les gens du monde*, comparada con la masa del pueblo francés, "estos hombres de mundo" son únicamente hablando, una minoría pequeñísima; pero esta minoría es la árbitra de la elegancia; impone sus modas, y parece ser la depositaria de las maneras distinguidas, cuyo secreto pretende poseer exclusivamente. Si estuviésemos ahora tratando del estado moral de la Francia en vez de su estado político, podríamos hacer á nuestros lectores una fiel pintura del grado inconcebible de inmortalidad en que está sumida esta parte de la sociedad francesa por el ocio y la ignorancia; pero como no es esto de lo que nos corresponde tratar, solo diremos, que viviendo de tradiciones mal entendidas, poseida de una aversion invencible al espíritu que predomina en los tiempos modernos, cuya turbulencia inquieta, miéntras sus aspiraciones alarman, conociendo que la igualdad tiene que aniquilarla, y que su sola salvacion consiste en ser patrocinada y enriquecida por un amo cualquiera; equivocando su indolencia con la fidelidad á principios ya muertos; gastando su juven-

tud en carreras de caballos, en el juego y desenfreno; reponiendo sus fortunas en su edad madura por medio de enlaces con las hijas de tenderos retirados, y comprometiendo su edad proyecta, con participar de las pagas que se conceden á las grandes empresas industriales—esta casta, políticamente hablando, es inútil, y de ello tiene la más perfecta conciencia:—apelando á lo que ha sido á fin de poder censurar ú oponerse á lo que es, no mira sino á lo pasado. Por lo tanto, se apoya únicamente en ese cómodo principio del derecho divino, que revela al súbdito de toda clase de cuidados; admita, en materias de herencia, leyes inmutables, sustituye el favor por el mérito, no toma en cuenta ni la capacidad ni la inteligencia, puesto que la eleccion que la Providencia hace, es la única responsable, y radicalmente adicta en virtud de sus principios á los jefes tradicionales de la monarquía francesa, que son los Borbones de la antigua estirpe, es por lo tanto legitimista. En la opinion de este partido, la Francia permanecerá en un estado crónico de revolucion, miéntras que el heredero legítimo de Luis XVI, de conformidad con la ley sálica, no esté sentado en el sόlio francés.

Uno de los jefes más eminentes de este partido, resume del modo siguiente las aspiraciones de su casta: "queremos, dice, á Enrique V. con las instituciones de Luis XIV." En la época de la eleccion presidencial, en Diciembre de 48, los legitimistas votaron por el príncipe Luis Napoleon, primero, porque esperaban que éste restableciese el principio de autoridad, del cual calculaban sacar ventajas solamente para sí; y segundo, á causa del odio que profesan á la clase comercial de quien temían tomase las riendas del gobierno republicano en la persona del general Cavaignac.

La *bourgeoisie* no reconoce principio alguno, pues su dios es solo el interés; sin embargo, no vacila en presentarse como la única inteligente, y bajo este fundamento, pretende tener el derecho exclusivo de la direccion de los negocios públicos. Menospreciando y temiendo al pueblo de quien desciende, difamando á la nobleza á quien envidia, la idea política de este partido es una especie de gobierno parlamentario bastardo, que reprima á los de abajo y destierre á los de arriba, dejando de esta manera á su disposicion todas las fuerzas vitales del país. Durante un espacio de diez y ocho años, la Francia marchó bajo su direccion; puesto que el gobierno de

Luis Felipe, fué un modelo acabado de ese estado de cosas á que todavía aspira la *bourgeoisie*. Esta es una casta híbrida, intermedia; su origen la une con el pueblo de cuyas filas salió; puesta en contacto con una nobleza que la desprecia, hace esfuerzos por afiliarse en su clase, y obtener el derecho de ciudadanía, dando en matrimonio sus hijas ricas y de baja esfera, á caballeros arruinados; sus miras son mezquinas, y continuamente la conducen á contradicciones irreconciliables; no le importa la libertad real y efectiva, pero hace alarde de *liberalismo*: es decir, de una libertad que solo corresponda á sus propias necesidades: descontenta si no tiene la direccion suprema, todo marcha bien si se le confía el poder público. La sola base para votar y ser votado, ha estribado durante los diez y ocho años de su dominacion, en las cuotas de contribuciones directas que cada cual puede pagar, y ha calificado de subversiva toda la idea de reconocer los derechos de la inteligencia. Quiere una tribuna y una prensa de que poder disponer para interminables arengas, para dar consejos al gobierno y para denunciar como utópica, toda idea cuya realizacion pueda perturbar los goces de su amor propio y de su lujo. Una pequeña parte de ella, más ruidosa que inteligente, que se la ha terminado la *mediocridad*, pertenece á la faccion orleanista. Esta casta es esencialmente un compromiso de justo medio (*juste milieu*), el cual ni descansa sobre el principio del derecho divino, ni sobre el de la soberanía nacional. En resúmen, no representa ningun principio sino el interés, y por lo tanto, su poder debe ser siempre efímero.

Los legitimistas y orleanistas que concurren con su voto en favor de Luis Napoleon, y á quien segun ellos decian: solo habian votado para que sirviese como un mero parapeto hasta la vuelta de tiempos más propicios, imitaron á los republicanos que estaban deseosos de obtener represalias; ambos partidos se prepararon activamente para una nueva lucha, y apelaron al pueblo, á pesar de que ninguno de ellos lo habia tomado jamás en cuenta. Luis Napoleon jamás pensó en ese pueblo, estaba persuadido que ni los legitimistas, ni los orleanistas, ni los republicanos cuyos principios eran opuestos á los suyos, le prestarían su apoyo: se dirigió por lo tanto á la muchedumbre, á quien su dinastía parece representar; lo mismo que los Borbones de la rama antigua personi-

fican la nobleza; la estirpe de Orleans, la parte rica de las clases medias, y la República, á la fracción más pobre y aspirante. Los acontecimientos justificaron la exactitud de su prevision.

En efecto, un pueblo demasiado indocto para formar una idea justa y precisa de las aspiraciones y resortes ocultos que mueven á los partidos, no puede tener principios políticos. ¿Aspirarian á la libertad? ¿A qué fin obtener derechos que apenas acabados de conquistar, otros se los arrebatan para usarlos como trabas? y además ¿qué clase de libertad es la de la prensa? El pueblo, ó no sabe leer, ó no tiene tiempo de hacerlo. ¿La libertad de la palabra? el pueblo no tiene oradores, y sabe que la libertad de la tribuna ha servido siempre para pedir leyes represivas. ¿Libertad de asociacion? eso conduce á revueltas y significa hambre. La vida política de la Francia está todavía muy en embrion para que el pueblo pueda tomar en ella ninguna parte formal; ¿qué desea, pues, el pueblo francés? igualdad. Pues bien, no puede haber igualdad efectiva en donde no haya un nivelador, y en todas las cuestiones de gobierno, el nivelador es el despotismo. Para vivir el pueblo debe trabajar, y sin tranquilidad pública no es posible el trabajo: de aquí el deseo de un gobierno fuerte, respetado, y desde aquel momento en que se ofreció como candidato un personaje que llevaba un nombre histórico, el fundador de cuya casa había salido de las filas del ejército, que es el pueblo, tal candidato fué inmediatamente admitido. El pueblo invistió al hombre con el poder que requeria, y el hombre dió al pueblo la tranquilidad que necesitaba. Fué en virtud de este simple contrato, y á despecho de los poderosos partidos contendientes que aspiraban al poder, que se fundó el segundo imperio. Hasta hoy Napoleon III ha sido fiel á su origen; elevado por el pueblo, gobierna á la Francia por el pueblo, y la más concreta expresion del pueblo es el ejército. A pesar de cuanto se diga para alimentar las ilusiones de la Nación, la Francia no posee en la actualidad, ni un principio, ni una constitucion, ni tampoco institucion alguna. No hay más que un solo instrumento de gobierno, á saber: el ejército.

El imperio ha durado diez años, sostenido por esta fuerza solamente; existe por el derecho del más fuerte y además, apresurémonos á decirlo, por el terror de lo futuro. El fantasma rojo ha sido evocado con tanta frecuencia en épocas pasadas, que la nacion está en perpetuo temor de

verla aparecer. Sin embargo, el imperio no es una institucion, sino un hombre, y este hombre es Napoleon III. Si llegase á caer ó á morir, el edificio se desplomaria repentinamente, y los pretendientes de todos los colores, ya monarquistas, imperialistas, republicanos ó socialistas, lucharian en medio de sus ruinas para arrebatarse el rompido cetro. Es por esto que el actual sistema no inspira confianza alguna en la Francia á despecho de su apariencia de estabilidad y de las fuerzas de que continuamente hace alarde; todos saben que si llegase á durar un siglo, tampoco seria estable; porque su existencia está íntima y esencialmente ligada á la del emperador.....

Debe decirse sin embargo, que la masa de la nacion francesa, jamás encontrará un gobierno análogo á sus tendencias y necesidades. La gran dicha de la Francia en el actual estado de cosas, y lo que más le acomoda, aun sin conocerlo, es, que no teniendo derechos que ejercer, no tiene obligaciones que llenar. Ahora bien, una aversion innata á toda clase de obligaciones, es uno de los distintivos que caracterizan al pueblo francés. El francés legítimo, inventa mil maneras de evadirse de los deberes que impone una existencia política; no puede resolverse jamás á ir á votar; alega treinta mil pretextos para no servir en un jurado, y cuando se le llama para que á su turno desempeñe alguna faccion en la guardia nacional, le verá hacer heroicos esfuerzos para escaparse de la odiosa faena. Así, pues, despues de cada revolucion, acontece invariablemente, que cansado de las obligaciones que envuelve el uso de los derechos políticos, el pueblo hace un lío de estas obligaciones y derechos, y se lo arroja á un mandatario con esta orden: "Ea, toma eso; úsalo como quieras; se despota si te parece; pero por Dios líbrame de ese barullo de molestias políticas de que no necesito y que solo sirven para atormentarme.

Las revoluciones en Francia han concluido siempre, y seguirán concluyendo todas de la misma manera. Se podría decir que este pueblo teme la libertad lo mismo que un niño se asusta de su propia turbulencia; y apenas se deshace de un tutor cuando busca ardientemente otro nuevo. Es fácil profundizar el secreto de ese anhelo por una autoridad sin freno. La Francia es católica, católica por tradicion, por hábito, por indolencia, digamos; pero sin embargo es católica desde su infancia; y no se le ha llamado la hija pre-

dilecta de la Iglesia. Está impregnada con el ambiente de sus costumbres transmitidas por los siglos pasados; la atmósfera que respira está cargada de vapores religiosos que las tempestades revolucionarias no han podido arrebatarse.

Ahora bien, el dogma fundamental del sistema católico es la autoridad llevada hasta la infabilidad. Seria difícil concebir que una nacion acostumbrada á vivir largo tiempo bajo el peso de la autoridad religiosa, es decir, de la autoridad en moral y en filosofía, se acomodase fácilmente á la libertad civil y política. La una debe plegarse á la otra. Todo espíritu subyugado por la esclavitud metafísica, desde el momento en que recobra un poco de libertad, tiembla, se desvanece y se apresura á desear la vuelta de esa benéfica autoridad que se toma sobre sí el derecho de pensar, meditar y resolver por sí misma. Es un hecho que debemos reconocer, y es: que solo las naciones protestantes cuyo dogma religioso descansa sobre la doctrina del libre exámen, son las que son libres ó están en vía de serlo. Del libre exámen en religion al ejercicio de una libertad civil y política, no hay más que un paso, y este paso no lo dará la Francia mientras continúe siendo católica.....

Desde los primeros dias del segundo imperio, cualquiera persona de mediana prevision hubiera predicho los obstáculos contra los cuales tendria que luchar su fundador. El mismo encabezamiento de los decretos imperiales, daba una idea de las dificultades con que iba á tropezar, porque Napoleon III se titula: "Emperador por la gracia de Dios y la voluntad nacional." Todo el ministerio de su indecision política, y tal vez la causa determinante de una caída manifestamente inevitable, se halla envuelta en esta fórmula.

Como emperador por la gracia de Dios, se enlaza á una historia que afirma sus propios derechos; les da una prenda á todos los soberanos que reinan por el derecho divino; alienta á las antiguas sociedades reaccionarias, que están temblando al borde de la revolucion; reconoce una dispensacion divina en las cosas humanas, la cual, en un soberano de Francia, es equivalente á admitir una intervencion católica en su gobierno, que no es otra sino la intervencion del Papa por la fórmula: *por la gracia de Dios*, pretenden filiarse entre las familias hereditarias reinantes, y establecer una identidad entre la causa de ellos y la suya. Como emperador por la *volun-*

tad nacional, se declara con franqueza el hijo de la revolucion, el jefe electo de la nacion, el mandatario electo de la soberanía popular, repudia la herida por el derecho divino, rechaza la intervencion sobrenatural puesto que se confiesa haber sido elevado por la agencia humana solamente, es el aliado de los pueblos contra sus reyes hereditarios, é identifica su causa con la del pueblo francés, de quien es, por decirlo así, el primer magistrado ejecutivo libremente electo. De dudarse es si Napoleon sabia lo que hacia al adoptar una fórmula que encierra dos principios tan incompatibles. Nos inclinamos á creer que cedió á los hábitos de disimulacion política que se dicen ser admisibles en casos semejantes. Quiso probablemente dar garantías á todos los partidos, lo cual es un medio infalible para alararlos á todos, pues les ofrecia esperanzas lejanas, tanto á la Europa conservadora, como á la revolucionaria. La tentativa de hermanar estos principios opuestos, principios que se rechazan como el fuego y el agua, ha sido de hecho provocar esas contradicciones manifiestas de que ha dado ejemplo la política imperial, siempre que el emperador se ha hallado frente á frente con cualquiera de estos dos principios, armado en defensa propia. Al tratar de conciliarlos, procurando de ese modo permanecer fiel al verdadero espíritu de su fórmula, ha descontentado y vuelto contra sí los dos principios que trataba de hermanar.

Esta política ambigua resalta especialmente en lo que concierne á los asuntos de Italia. Dos ejemplos que vamos á citar, demostrarán nuestro criterio, y al mismo tiempo pondrán en claro que las inconsecuencias que por lo comun resultan, parten de premisas falsas. Cuando mandó su escuadra á Gaeta para proteger la persona de Francisco II, Napoleon III obró como emperador por la gracia de Dios y ofreció á aquellos en cuya opinion reina por la voluntad nacional; cuando retiró sus escuadras sin haber salvado al joven monarca, obró como emperador por la voluntad nacional, y ofendió á aquellos en cuya opinion reina por la gracia de Dios. Lo mismo acontece en Roma; tener allí una guarnicion á despecho de los deseos unánimes del pueblo italiano, es obrar como emperador por la gracia de Dios; no obligar á Victor Manuel á restituir las provincias arrebatadas á la Iglesia, á despecho de los incesantes clamores del clero, es obrar como emperador por la voluntad nacional. A cualquiera lado que se incline,

excita el descontento, porque este ha sido siempre el castigo de las medidas á medias.....

Los dos puntos más culminantes de la política exterior que se han observado durante su reinado, han sido las guerras de Crimea é Italia. La guerra de Crimea fué emprendida, no tanto para defender la integridad del imperio Otomano, como para vengar una ofensa inferida á la vanidad del emperador de los franceses por un desden del autócrata de todas las Rusias. Todas las personas versadas en los usos de la diplomacia, están al tanto de que la frase *bon ami* aplicada solamente á los presidentes de las repúblicas, se convierte casi en un insulto cuando se aplica á los reyes, como sucedió cuando Nicolás se la dirigió á Napoleon III. No habia envuelta ninguna cuestion de principio en esta guerra; podríamos casi llamarla una medida de policia correccional. Es cierto que Francia aumentó su prestigio á los ojos de Europa, pero ni su objeto, ni los resultados de esa exepcion lejana, sirvieron para afirmar en el trono la dinastía de Napoleon III. Se supuso que la escuadra rusa del mar Negro, podría llegar algun dia á ser embarazosa á la Francia en sus pretensiones sobre el Mediterráneo, ese *lago frances*; y tan luego como esta fué destruida, el emperador surció un tratado de paz, á fin de impedir que la Inglaterra destruyese la escuadra rusa del Baltico, la cual, en los secretos designios de Napoleon III, podrian, en una época no lejana, unirse á su propia escuadra en el canal de la Mancha, con el fin de emprender alguna loca tentativa sobre las cõrtes del Reino-Unido. Los pretendidos políticos de larga vista, admiraron muchísimo esta combinacion, que á nosotros nos parece pueril y absurda. Tambien se obtuvo un triunfo de vanagloria y orgullo: el tratado de Paris fué fechado el 30 de Marzo, aniversario fatal para la Francia, puesto que ese dia, en 1814, entraron á su capital los ejércitos de los aliados.

La guerra de Italia nos ha parecido todavía ménos formal, puesto que no cortó las terribles cuestiones que todavía agitan la Península, y dejó á sus dos sempiternos enemigos, el Austria y el papado, ejerciendo siempre sobre ella su funesto influjo. Nunca se han visto promesas más palmariamente contradicías por los acontecimientos: dos meses fueron suficientes para disipar las ilusiones que se habian hecho concebir á los italianos. Se prometió que

la Italia quedaria libre desde los Alpes hasta el Adriático, y sin embargo, su libertador hizo el alto en el Murcio; Francia emprendió la guerra *por una idea*, y el precio de la victoria fué la anexion de la Saboya y de Niza. En una palabra, solo el temor de los asesinos italianos, fué el que indujo al emperador á emprender esta campaña, pero la actitud de la Alemania; le obligó á detenerse derrepente despues de haber ganado la batalla de Solferino. El misterio se ha descubierto, y la verdad desnuda, es la que acabamos de referir. Sin embargo, la Francia adquirió ventajas territoriales de importancia, y la rectificacion de sus fronteras ha venido á revelar el pensamiento secreto del emperador. Este pensamiento pude reasumirse de este modo: primero, romper los tratados de 1815 por medio de ataques oportunos sobre cada una de las naciones que tomaron parte en imponérselos al pueblo frances, y segundo, restituir á la Francia sus pretendidas fronteras naturales, á saber: el Rin y Scheld. Si el actual imperio tiene alguna mira política, es esta, y nada mas. Es una aspiracion nacional, cara al pueblo frances, y que si se realiza prontamente, seria acogida con júbilo; pero aun su realizacion no seria bastante á establecer el trono imperial sobre una base sólida.....

Napoleon arma á la muchedumbre á quien solo debe su elevacion. Se muestra muy solícito para su bienestar natural, y anhela por tener á las clases laboriosas constantemente ocupadas; y bajo este punto de vista, el engrandecimiento y los ornatos ruinosos de Paris, no son en realidad mas que talleres nacionales con ciertas tendencias de utilidad pública; pero por medio de estas mismas mejoras, los jornaleros son arrojados fuera de Paris, pues los palacios que se fabrican, no les proporcionan habitaciones para sí, y se consigue de este modo un doble fin—trabajo para los jornaleros, y su traslacion fuera de las murallas en puntos en donde serán ménos peligrosos. Un nuevo Paris ha sido creado por el mágico poder de los millones; el ciudadano queda encantado con los espaciosos bulevares y con las anchas y largas calles: tal vez crea que han costado demasiado caro, pero se consuela á sí mismo charlando de una tertulia á la sombra de los árboles de una plaza recientemente construida, y mientras admira las mejoras hechas en un barrio, olvida que todas estas nuevas arterias son líneas estratégicas que sirven para aislar ya un fuerte, ya un

cuartel, á fin de dejar ancho campo para que pueda jugar la artillería; encadenarse entre sí á semejanza de trincheras defensivas, y conducen hasta la morada imperial, la que, por la conclusion del Louvre y por la adiccion de un jardin particular quitado á las Tullerías, ha llegado á ser una fortaleza capaz de contener una guarnicion de veinte mil hombres, y de resistir un sitio de seis meses. Aquí se vé de nuevo que se ha intentado y conseguido un doble fin: hacer de Paris una ciudad sin rival, cuya fecha date desde la era napoleónica, y al mismo tiempo hacer imposibles las revoluciones; pero cualquiera que haya presenciado uno de esos extraños levantamientos que por épocas singulares se suceden en Paris, conocerá lo absurdo de esta última idea.

Verdad es que es mucho hacer mejoras y proporcionar trabajos á los pobres; pero nada se ha hecho en favor del adelanto intelectual de las masas. Los franceses más patriotas ven con dolor que mientras que Prusia y Suiza, y aun los pequeños Estados protestantes de la Alemania, tienen leyes sábias que hacen obligatoria la educacion para todos los ciudadanos sin distincion de rango ni sexo, la Francia con sus pretensiones de marchar á la vanguardia de la civilizacion, pretensiones más cacareadas que efectivas, no hace tentativa alguna para difundir la educacion en su propio territorio. El axioma de que para poder gobernar, el pueblo debe permanecer ignorante, es frances y especialmente católico. Esta idea es á la vez falsa y estúpida, puesto que conduce á confundir los derechos con las obligaciones, cuyo resultado necesario es la revolucion. El imperio nada ha hecho para rescatar á la Francia de la profunda ignorancia en que yace: por el contrario, los reglamentos que existen, exigen que se examine cada libro que se publica. La autoridad lee, comenta y se asusta de cualquiera palabra; se alarma de cualquiera alusion, y se prohíbe la venta de ciertas publicaciones en el interior del país; mientras que la libre circulacion de almanaques supersticiosos ó séande colecciones de anécdotas indecentes, es permitido sin reparo.

Todos aquellos que durante los diez años pasados, han pedido la supresion de esa censura inícu que se llama *commission du colparge*, y que es una seccion del ministerio del interior, han sido tratados de revolucionarios; y todos aquellos que desean ver al gobierno intervenir en favor

de la elevacion intelectual del pueblo, haciendo obligatoria la educacion, y aun gratuita, si posible fuese, han sido tratados de visionarios, y clasificados en la categoria de locos. Esto se comprende, si se reflexiona y se llega uno mismo á convencer de que el silencio y la represion han sido siempre el ideal de todos los gobiernos de la Francia. Las reminiscencias del siglo XVIII han dado á los franceses la reputacion deserligeros, noveleros y amantes del progreso. Este es un error manifiesto, del que han abjurado todos aquellos que han tenido empeño en profundizar el carácter de ese pueblo, que se afana y agita sin fruto alguno; de ese pueblo apegado á antiguas tradiciones, cuyos lazos solo rompe con violencia para volverlos á atar con mayor violencia y energía.

La Inglaterra, la Bélgica y los Estados Unidos, estaban cruzados de ferrocarriles. Antes que la Francia hubiera construido uno solo. La literatura, el arte y la ciencia misma, que en otras partes están en continuo movimiento, están allí cuidadosamente circunscritas á sus sendas tradicionales, por medio de academias fundadas *ad hoc*.

Hé aquí una anécdota cuya autenticidad garantizamos, y que servirá para demostrar la inconcebible rutina peculiar á una nacion que tiene tan grandes pretensiones de no obrar jamás como las otras.

En el mes de Octubre de 1851, en tiempo de la República, y dos meses antes del golpe de Estado, un mecánico llamado Petin, aseguró haber descubierto el secreto de la navegacion aerea. El mundo científico se encogió de hombros al saberlo, y el inventor se dirigió entonces á los artistas y literatos, que son siempre más accesibles á las novedades. Este pobre hombre habia gastado toda su fortuna y la de su mujer en la construccion de enormes globos que sostenian un carro de forma fantástica. Se habia arruinado completamente, y contaba sobre el buen éxito de su empresa para reembolsarse de todas sus pérdidas. Luego que hubo terminado todos sus preparativos, los usos franceses, que no permiten que se blanquee el frente de una casa sin pedir permiso á la autoridad, le obligaron á solicitar del ministro del interior el correspondiente permiso para ensayar su máquina.

Estaba á la cabeza de este departamento Mr. Leon Faulcher, el cual se negó redonda y obstinadamente á acordar el permiso solicitado. Esperando vencer la obstinacion del ministro, el pobre inventor se

hizo acompañar por dos literatos muy conocidos, á saber: Maxime Du-Camp y Teófilo Gautier. En vano hicieron uso esos señores de todas las flores de su retórica; en vano el desesperado inventor invocó las ventajas que traería á la civilización su descubrimiento; ventajas incalculables que harían más frecuentes las relaciones con los diferentes países del globo; pero raba con calor sobre la libertad del tráfico y la abolición progresiva de la guerra, cuando Faulcher en un arrebato de cólera, le interrumpió bruscamente diciéndole: *No queremos invenciones de globos; los ferrocarriles nos dan ya bastante que hacer.* Esta frase resume la estúpida brutalidad de todo el sistema administrativo de la Francia, que en realidad no es otra cosa que el gobierno por medio de la policía.....

La Francia es católica, pero sólo superficialmente. Católica; á condición de reirse del catolicismo y de ridiculizar á los frailes. Voltaire es su apóstol; pero la indiferencia y la indolencia la obligan á permanecer católica. Cada individuo se adhiere á la secta en que ha nacido, sin tratar jamás de entenderla ni de observar sus ritos, ni dársele un bledo por ello: y sin embargo, si al más insignificante limosnero se le dijese que cambiara de religion, contestaría indignado: «Moriré en la fé de mis padres.» Es católica por tradicion, por alarde, por un falso espíritu de elegancia y por un necio amor de imitacion.

La gente de moda es católica, «séamos, pues católicos, y seremos gente de moda; tal es el raciocinio con que cada cual se engaña sin conocerlo. Ir á misa, oír un sermón, dar limosna á la iglesia, son todas señales de buena crianza; así pues, á fin de parecer bien criados, van á misa y escuchan sermones. Cada cual dice: «á mí no me engañan con esas monerías, pero el pueblo necesita una religion.» Este es el gran argumento de todos y cada cual se lo aplica á su vecino, desde el noble que vive en sus tierras hereditarias, hasta el mendigo que subsiste de la caridad pública. Esta capa de catolicismo que cubre toda la Francia sin penetrar un punto mas abajo de la superficie, no tiene nada de formal, todo es apariencia; pero la fantasmo grafía ha durado tanto tiempo, que ha conseguido por último amoldar el alma de toda la nacion.....

El emperador no ha hecho nada para mejorar la condicion moral del pueblo

francés, su envilecimiento es un hecho que hoy resalta á la vista de la persona ménos perspicaz. ¿A quién se debe esta degradacion? ¿Sobre quién recae esta responsabilidad? Responderémos sin titubear, sobre la *bourgeoisie*.

Si la Francia está destinada á perecer por la revolucion ó por el despotismo á la *bourgeoisie* es á quien debe culpar. Colocada entre la aristocracia cuyos vicios ha adoptado, y el pueblo de entre cuyas filas se elevan sus miembros, luego que se han enriquecido, y á las cuales regresan empujados por la ruina y abandono, y cuya envidia hácia toda especie de superioridad ha retenido siempre, esta clase intermedia compuesta de tenderos enriquecidos, de abogados, de médicos, de artistas envidiosos, de jueces infatuados y funcionarios públicos, listos siempre á prestar toda clase de juramentos y dispuestos siempre para toda clase de traiciones; esta clase, decimos, que durante el largo período de la restauracion, de la dinastía de Julio y de la segunda república, ha tenido en sus manos los destinos de la Francia, ha traicionado sus deberes de la manera mas notoria y evidente.

Con esa brutal franqueza que es propia de la presuncion y suficiencia, ha creído que la revolucion francesa de fines del siglo pasado, sólo despojó á la nobleza de sus privilegios para investir con ellos á la *bourgeoisie*. Léjos de considerarse como la depositaria de las mejoras conquistadas gradualmente á toda la nacion, se hizo la propietaria exclusiva de ellas, y apelando á las chicanas, permaneciendo en la inercia, y prolongando la tardanza, se hizo dueña de lo que debiera ser la propiedad de todos. En 1815, 1830 y 1848, su punto de partida fué la proclamacion de los principios de libertad, pero imbuida en las ideas que erróneamente llaman conservadoras, acabó en todas ocasiones por establecer una especie de despotismo suspicaz, tanto más odioso cuanto que se disfrazaba con la máscara de la legalidad.

Los periódicos no eran suprimidos; pero las enormes multas con que los agoviaban, acababan por arruinarlos; los profesores no eran despedidos, pero se les obligaba á callar, y á cada ataque que se daba al espíritu del progreso, se respondía: «esta es la ley;» pero se guardaba bien de decir que ella misma acababa de hacer esa ley. Esta conducta torcida y páfida era severamente reprobada en el exterior, y mientras que en Francia la *bourgeoisie* se congratulaba de haber consolidado su poder

y establecido la sociedad sobre bases sólidas, los hombres de Estado de las naciones vecinas preveían y profetizaban el abismo en que iban á sumergirse.

Ninguno se ha olvidado aún del 2 de Diciembre; si un raro capricho de la fortuna llegase á restituir á la *bourgeoisie* la direccion de los negocios públicos, no titubearia en volver á asegurar que ella es la sociedad; monopolizaria todas las mejoras en provecho propio, y por último, trataría de retroceder á tiempos pasados con la desesperacion del terror. La *bourgeoisie* es torpe rica, y ávida por conservar sus riquezas, no ve que el medio más seguro de conseguir su fin, seria tal vez compartir con los de abajo aquello á que todos tienen derecho.

En la época de que vamos hablando, época de inquietudes, pero sobre todo de alarmas, la *bourgeoisie*, á fin de justificar sus medidas represivas, alegó la pretendida necesidad que habia de defender instituciones que no estaban en peligro. El grito de alarma era éste: «Orden, familia, propiedad;» mentiras, palabras vacías del sentido que se les atribuía, y que en realidad solo querian decir preponderancia de la *bourgeoisie* á toda costa. Este argumento no es nuevo en la historia de la Francia. Cuando Carlos IX y su augusta madre ordenaron la matanza de San Bartolomé, también dijeron que era para salvar á la sociedad y á la religion. El mismo argumento fué otra vez aducido contra los despreciables ciudadanos que así habian abusado de él, y el 2 de Diciembre llevó á cabo su sangrienta tarea al grito de: la sociedad en peligro.

La supremacía de la *bourgeoisie* ha sido reemplazada por una supremacía popular, representada por un solo hombre, el emperador Napoleon III. El la personifica, pero la reprime. Si este hombre llegara á faltar repentinamente, ya sea que la muerte le arrebatase ó que un revés político inesperado le hiciese desaparecer de la escena, no es probable que la preponderancia del pueblo cesase; pero si el que la restringe y concentra en un círculo de hierro, llegase á abandonar el timon, la brutalidad de la codicia popular estallaria en un momento, y extendiéndose como un torrente, sumergiria todas las instituciones que forman los cimientos de la sociedad francesa. Entonces se recordarían las terribles palabras de Proudhon: «Las revoluciones no deben hacerse ya en el Hotel de Ville, sino en el Banco de Francia.» El pueblo se constituirá en verdugo de la *bourgeoisie* egoísta,

la cual solo se ha elevado para poderlo oprimir con más impunidad. La propiedad, que con razon ó sin ella, se mira como el origen de todos los males, será el primer blanco de todos los ataques, el gran libro de la deuda pública será arrojado en las llamas, la deuda flotante desaparecerá con un rasgo de la pluma, y los ferrocarriles serán declarados propiedades del Estado. Habrá un cataclismo, una especie de diluvio, del cual será muy difícil que renazca un nuevo mundo. ¿Habrá una invasion de bárbaros? ¿ó tal vez se presentará una oportunidad para la elevacion de un nuevo César? El espíritu militar de la Francia, su tendencia constante á confiar á un déspota la direccion de las aspiraciones democráticas que conserva sus tradiciones de autoridad trasmitidas por la costumbre y por la historia, su ignorancia de la vida política y su aversion por las obligaciones que impone, todo eso tomado en conjunto inspira la creencia de que la Francia, á imitacion del imperio romano, con el cual tiene tantos puntos de semejanza, está destinada á perecer por el despotismo militar que siempre se sigue á sus incesantes revoluciones.

Ministerio de relaciones exteriores y gobernacion.—Departamento de Gobernacion.—Seccion 3.ª—Dispone el C. Presidente que vd. se sirva dictar, sin pérdida de tiempo, sus mas eficaces órdenes para que el camino de esta capital á Cuernavaca sea custodiado por fuerzas de aquel distrito y del federal, y para que se devuelva á los viajeros últimamente robados en ese rumbo, el dinero que pagaron por la escolta que vino con ellos.

Libertad y reforma. México, Enero 15 de 1863.—Fuentes.—Ciudadano ministro de la guerra.

Es copia. México, Enero 21 de 1863.—Juan de D. Arias.

Ministerio de Hacienda y crédito público.—Seccion de desamortizacion.—Dispone el ciudadano presidente que toda persona que reconozca capital alguno de los que hasta ahora habian sido destinados al culto, se presente dentro de tercero dia á enterar su importe en la seccion 6.ª de esta secretaría, fijándose por base el 50 p. en efectivo; en concepto que de no ve-